

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . \$1.00 plus
 Suscripción: España un trimestre . . . \$1.00
 Extranjero . . . \$1.50

¿SE APROXIMA LA HORA DE LABORAR?

Los efectos producidos por el manifiesto del camarada francés Sebastián Faure, nos hicieron concebir la halagadora esperanza de que la actual guerra pudiera tener un final impuesto por el pueblo. Las noticias que con más o menos claridad se publicaban, entre muchas otras, en la prensa diaria, confirmaban nuestra creencia y tal vez en esto se fundaran los delegados al Congreso Internacional de la Paz, al proponer como uno de tantos medios, hacer lo posible por introducir en todos los ejércitos beligerantes proclamas revolucionarias para provocar la insurrección.

La forma en que se va desarrollando la guerra; la larga duración que todavía se cree tendrá y más que nada los enormes sufrimientos de los soldados unido a la desilusión que el tiempo ha llevado a los combatientes, de que eso de «guerra de liberación», es pura canama, aunque de guerra por la libertad la denominen el kaiser y el zar, va formando un estado de opinión que todo indica la proximidad de grandes y satisfactorios acontecimientos que den al traste con todos los planes diplomáticos.

El descontento en las naciones en guerra va siendo general, tanto en la población civil como en la militar. A las noticias que se escapan a la censura se unen las más auténticas recibidas por cartas particulares. El elemento civil hace cuanto puede por evadirse de la campaña y el militar recibe con alegría cualquier enfermedad que le permita retirarse a los poblados, desde los que se niega a volver al frente. A no ser la excesiva vigilancia de las fronteras, la cifra numérica habría tenido un importante descenso.

En una carta que tenemos a la vista, nos dice un compañero:

«...Ayer domingo, a las diez de la mañana, salió un nuevo convoy al frente.

Muchos soldados se negaban a marchar en el tren y hubo una especie de tumulto. Esta crueldad de llevar a los hombres por fuerza a sufrir y a exponerlos a la muerte, nadie lo comenta y es quizás por esto que muchos individuos hablan como hablan.

«Muchos soldados que han sido heridos manifiestan su horror, la inmensa desesperación que les causa la perspectiva de volver a las trincheras.

«Y en Alemania también hay un pueblo que no quiere lo que muchos le atribuyen; que no desea verter sangre y que quisiera vivir en la paz.

«¡Hay tanta realidad también en todo esto!...»

El interés de las naciones en alcanzar la hegemonía comercial, por un lado, y el amor propio nacional, por otro, además del temor de que la derrota traiga consigo el desplome de las instituciones, hará que ninguno de los jefes de los pueblos en guerra, pida ni manifieste deseos de paz. Ha de ser el pueblo, cansado de tanto sufrir, quien un día se niegue a continuar en el estado de degradación que supone el matar o dejarse matar a la voz de los que se han erigido en dueños de su vida.

Y a esto debemos contribuir eficazmente los anarquistas utilizando nuestras relaciones internacionales, para hacer saber a los aliados el estado de ánimo del pueblo alemán, y a los austro alemanes la situación moral de los aliados, al objeto de despertar en ellos el odio hacia los que les engañan.

Hagamos esta labor los anarquistas; llevemos a la práctica el acuerdo del Congreso de la Paz de provocar la insurrección en los combatientes, y si esto logramos, habremos laborado por el ideal.

Puesto que nadie quiere la guerra, combatámosla restándole elementos; no facilitándolos.

sinos de los pueblos, el proteccionismo a los dilapidadores de los fondos nacionales, el encumbrar a medianías inmorales, sin pudor y sin vergüenza; el patrocinar chanchullos, cofradías, comanditas y negocios pingües, con vistas a ulteriores beneficios.

La carroña es ser adaptado, idóneo al ambiente corrompido de una sociedad podrida; dejar hacer; pasar sin protesta la infamia, el deshonor, la miseria, la muerte por inanición, la ergástula y el vergajo.

Carroña es vivir pacientemente, mansamente, hisopados por el clérigo cerril, maltratados por el desenfadado militarismo y escupidos por el colmillo del flamenquismo, sin renegar de unas leyes que se tuercen en un capricho, cual si la vida, sarcásticamente ciudadana, fuera patrimonio de unos cientos, por aquello de haberse medido en cuna blasonada, y después crecido en la holganza, en el cinismo, en la osadía y en la impudicia.

La carroña es... ¿pero a que irle con estas consideraciones al ABC? De sobra conoce estos asuntos. Los juzga necesarios y prefiere ir en la hamaca de los placeres, que luchar contra el medio ambiente de tanta injusticia. Sistema que, si no da la tranquilidad del deber cumplido, al menos multiplica la existencia «en caja». Razón de más, para que exista esa estridencia, esa discrepancia violenta y agresiva contra Ferrer y Guardia.

Lícito, muy lícito me parece que el entendido ABC discuta los fundamentos de la Pedagogía racionalista. Lógico, muy lógico que oponga argumentos, razones; que aporte su caudal científico para contrarrestarla hasta aniquilarla; pero no discutirla, no constatarla de principios o derivaciones y consecuencias; no saber en qué consiste, no haber observado como se desenvuelve la infancia en sus Centros, y abrir las esclusas del mal gusto en el decir para enjuiciarla, acusa una ligereza indisculpable, una ignorancia maliciosa y una malicia denigrante. El precepto de Horacio ha

sido olvidado en esta ocasión por el citado diario.

Hasta en esto Ferrer se cierne cientos de codos sobre sus detractores — ahí están sus escritos.— ¡Como las águilas pasan por las regiones del infinito sin hacer aprecio de los oscuros escarabajos que laboran sus pestilentes bolas!

Abren, si gustan, una sección, y mesuradamente, con nobleza, discutiremos la Pedagogía Ferrerista. Apretaremos nuestras modestas observaciones, y la opinión, exenta de prejuicios, libre de dogmatismos, sentenciará y nos dirá quién es la carroña y quienes sus representantes. Otro hacer, es...

L. SIXTO MARÍN

De la Institución Libre de Enseñanza.—Valladolid.

LA GUERRA

¡La guerra! ¡Cuando pienso en esta palabra, la guerra, se me aparece como símbolo de brujería, de inquisición, lejana visión de otros tiempos, abominable, monstruosa, contra naturaleza!

Cuando se habla de antropófagos sonreímos con orgullo, proclamando nuestra superioridad sobre los salvajes, los verdaderos salvajes. ¿Son los que pelean por comerse a los vencidos, o los que luchan por matar, únicamente por matar?

Esos pobres soldados que guerrean son, destino de la muerte, como rebaño que dirige el pastor en los caminos.

Van a morir en los campos, tercerada su cabeza por un sablazo, traspasado el pecho por las balas; son jóvenes que podrían trabajar, ser útiles. Son sus padres viejos, pobres; sus madres, que les adoraron tantos años, sabrán en seis meses, en un año quizás, que el hijo, el niño querido, el muchacho educado con afanes tantos, con tanto dinero, con tan grande amor, fue arrojado a una sima como perro muerto, luego de destrozado por la metralla, pisoteado, hecho trozos, aniquilado por las cargas de caballería. ¿Por qué han matado a mi hijo, a mi amor, a mi esperanza, a mi orgullo, a mi vida toda? No lo sabe la pobre madre. ¡Sil! ¿Por qué?

«¡La guerra!... ¡Pelear, degollarse! ¡Destrozarse los hombres!... Y nosotros, en nuestro tiempo, en nuestra civilizada época, con la cultura científica y filosófica a que ha llegado el humano genio, sostenemos escuelas de la muerte perfeccionadas, refinadas, infinitas gentes que se educan para matar a pobres diablos, hombres inocentes cargados de familia, honrados ante la justicia...»

Y lo más asombroso es que los pueblos no se levanten contra sus gobiernos. ¿Qué diferencia hay entre Monarquías y Repúblicas? Indigna que la sociedad no se levante, revolucionaria, ante la palabra guerra.

«¡Oh! Viviremos siempre bajo el peso de rutinarias y odiosas costumbres, criminales prejuicios, feroces ideas de nuestros bárbaros abuelos, porque somos bestias y bestias continuaremos siempre, esclavos del instinto, incapaz de cambiar el humano ser.»

¿Se execraria a Victor Hugo que lanzó este grito de libertad y de verdad?

«Hoy la fuerza se llama violencia, y principia a ser juzgada; la guerra está en entredicho. La Humanidad, ante la protesta del género humano, instruye solemne proceso a conquistadores y capitanes. Los pueblos acaban ya por comprender que la gloria de un crimen guerrero no justifica su culpa; que si matar es un crimen, matar mucho no es una circunstancia atenuante; que si robar es una vergüenza, invadir naciones no es un heroísmo.»

«¡Ah! ¡Proclamemos estas grandes vergüenzas, deshonremos la guerra.»

Vanas cóleras, indignaciones de poetas. La guerra hoy es más venerada que nunca.

Un artista hábil en la destrucción, verdugo genial, el general Moltke, dijo un día a los delegados de la paz estas extrañas palabras:

«La guerra es santa, divina institución; una de las sagradas leyes del mundo; sos-

tiene entre los hombres los más grandes y nobles sentimientos; el honor, el desinterés, la virtud, el valor les impiden caer en el más bajo de los materialismos.»

Así, reunir rebaños de más de 400,000 hombres; marchar sin descanso noche y día; en nada pensar ni estudiar nada, nada aprender, nada leer; no ser útil a nadie; podrirse de inmundicia; dormir en el fango; vivir como las bestias; robar las ciudades; quemar las aldeas; arruinar los pueblos; destrozarse los rebaños de carne humana; crear lagos de sangre, llanuras de carne mechada, amasada con lodo ensangrentado; montones de cadáveres; brazos y piernas arrancados por la metralla; cráneos destrozados sin utilidad para la cultura humana; morir en el rincón solitario de un campo, mientras vuestra mujer y vuestros hijos mueren de hambre; ¿es esto lo que se llama no caer en el repugnante materialismo? Los guerreros son el azote del mundo.

Luchamos nosotros contra la Naturaleza, la ignorancia, contra toda clase de obstáculos, por hacer menos dura vuestra miserable vida.

Hombres bienhechores, sabios, gastan su existencia en trabajar, en buscar quien pueda ayudarlos, socorrerlos, consolar a sus hermanos.

Y van, llenos de fe, atesorando descubrimientos, engrandeciendo el humano espíritu, ensanchando la ciencia, ganando cada día para la inteligencia humana tesoros de nueva sabiduría, ofrendando el bienestar a su Patria, su holgura y su fortaleza.

Llega la guerra. En seis meses, generales destruyen veinte años de trabajo, de constancia, de genio.

Esto dicen que es combatir el bajo materialismo.

Yo contemplé la guerra. He visto hombres convertidos en brutos, alocados, matar por gusto, por terror, por maldad, por vanidad. Cuando el derecho desaparece, cuando muere la ley y toda noción de justicia desaparece, vemos fusilar a inocentes sorprendidos en un camino, perseguidos por sospechosos, porque tienen miedo. Vemos matar fieles perros encadenados a las puertas de sus amos, tan sólo por probar un revólver; ametrallar por gusto infelices vacas que pastan en sus campos y esto sin motivo alguno, por el placer de disparar el fusil, cosa de broma...

Esto dicen que es combatir el bajo materialismo.

Entrar en un país, degollar hombres que defienden su hogar porque visten blusa y no ostentan en su frente el kepis; incendiar miserables casas sin pan, destruir muebles, robar a sus dueños, beber el vino de sus bodegas, violar a mujeres sorprendidas en su santuario, quemar millones de francos en pólvora, dejar tras sí miserias y rencores...

Esto dicen que es combatir el más repugnante de los materialismos.

¿Qué hicieron los guerreros para probar siquiera un adarme de generosa inteligencia?

Nada.

¿Qué inventaron? Cañones y fusiles. Esta es su obra.

Cualquier modesto industrial, ¿no hizo más por el hombre ajustando una rueda a una máquina, que el inventor de las fortificaciones modernas?

¿Qué nos queda de Grecia? Libros y estatuas. ¿Fue grande por sus victorias, o por el fruto sublimado de sus artes? ¿Acaso la invasión de los persas impidió que cayera en el más bajo de los materialismos? La invasión de los bárbaros, ¿fue la que salvó a Roma? ¿La regeneraron ellos?

¿Napoleón continuó el inmenso movimiento intelectual iniciado por los filósofos del siglo XVIII?

¡Bien está! Puesto que los gobiernos pretenden sostener su derecho a matar pueblos, será lógico que los pueblos adquieran el de matar a los gobiernos.

Los pueblos se defienden, con razón. Nadie tiene derecho absoluto de gobernar a los demás. Sólo pudieron usarlo para el bien de los dirigidos. El gobierno tiene la

obligación de evitar la guerra, como el capitán de barco el naufragio.

Cuando un capitán pierde su barco se le juzga, y se le condena si se prueba su incapacidad y su negligencia.

¿Por qué no juzgar a los gobiernos después que declaran las guerras? Si los pueblos comprendieran esto, si hicieran justicia por sí mismos a los poderes asesinos, si rechazaran indignados el dejarse matar sin razón, si se sirvieran de sus armas contra aquellos que se las dan para matar, este día la guerra acabaría.

GUY DE MAUPASSANT

La ley es el derecho del más fuerte

Todo individuo, llegado a la edad de la razón, se encuentra con una cantidad innumerable de leyes. Si dice: «Estas leyes, hechas sin contar conmigo, en contra mía, me disgustan», se le contesta: «Obsérvalas por de pronto; luego podrás, cuando la ocasión se presente, usar de tus derechos de ciudadano para cambiar el orden social». Si añade: «Me corre prisa», se le replica: «No se ha de tener prisa. Los que fabrican las leyes están encargados, por tí o por tus adversarios, de obrar en lugar tuyo. Haz política».

Como se ve, la política conduce a la confección de la ley, y la ley no es otra cosa que la aceptación de ciertos hombres (mayoría) de apreciaciones que niegan otros hombres (minoría).

Imponer apreciaciones por la fuerza, es tiranía. La ley es la opresión suprema, la opresión legal, el derecho del más fuerte.

Los derechos de un hombre no pueden depender de la apreciación más o menos desinteresada de otros hombres. Estos derechos existen o no existen. Si existen, conviene determinarlos por la lógica.

Puesto que la política conduce a la confección de la ley, bueno es demostrar que la ley es vana.

Realmente no hay ley, no puede haber ley, la ley no tiene ningún valor, mejor dicho, sólo hay una ley inscrita implícitamente en todos los códigos: «No te dejes atrapar».

En efecto, la sociedad no castiga a los que violan la ley, sino a los que se dejan atrapar, violando la ley, que no es lo mismo. No es posible que el que viola la ley sin dejarse atrapar pueda ser castigado.

Hay, pues, derecho a decir que la ley es una ventaja para los pícaros, que dice a los hombres: «Es inútil ser leales, sed astutos. Todo para los pícaros, nada para los débiles, nada para los simples que carecen de la inteligencia y de la canaliteria necesarias para utilizar la ley en provecho propio».

Esto es tan cierto como que existen personas (abogados y magistrados) cuyo oficio es unas veces evitar y otras procurar que la ley se cumpla, según las necesidades de la causa.

Al mundo obrero organizado Dos palabras

Cumpliendo uno de los acuerdos recalcados en el Congreso obrero internacional, que en favor de la paz se ha llevado a cabo en esta localidad en abril último, comenzamos hoy, con decisión y entusiasmo, a laborar por la reorganización de tan necesaria como útil asociación: La Internacional obrera.

Si al principio de la actual y bélica locura europea, existiese de hecho la Asociación a la que nuevamente queremos dar vida, rejuveneciéndola y encauzándola por amplios y nuevos senderos, sería difícilísimo que los pueblos se destruyesen mutua y reciprocamente a la voz de cualquier Estado, pues las constantes y continuas relaciones entre las diferentes secciones del mundo y el cambio de impresiones que anualmente habría en los Congresos celebrados por esta Asociación, harían presión

FERRER Y ABC

La panda de buitres clericales ha dejado oír nuevamente sus siniestros graznidos, porque el doctor Antich ha hablado de «Ferrer pedagogo».

El buen mercader de la prensa, el mellizo Luca de Tena, magnífico conocedor del negocio periodístico, por artes de birbirloque, se nos ha convertido en un intelectual de fuste y de reconocencia cosmopolita. Y en su ABC se indigna porque se considere al sacrificado en Montjuich en su aspecto más grande, más simpático y más innegable.

Aventurero en las cuestiones de envidia y de entraña social, de carroña —nada menos— trata a la Pedagogía racionalista, y arremete con su lanza de oro contra el cadáver animado y eterno viviente de Ferrer y Guardia, abriendo las esclusas del agravio y del insulto.

No hay derecho, adoradores del becerro de oro: debemos tener la cabeza sobre los hombros para algo más que para adorno.

La carroña, señores de ABC, la componen e integran todos los que por egoismos, por concupiscencias groseras se entregan al medro y al lucro personal.

La carroña es todo ese enjambre de vividores, de explotadores, de asalariados castrados, serviles y viles, que por un azar de la fortuna se engrien y no vacilan, para encimarse, en prostituirse y en convertirse en portavoz de la mentira y de la calumnia.

A la carroña pertenecen el parasitismo, los defensores de los intereses creados, del abuso, del poder y de la arbitrariedad; los aduladores del potentado; los que cierran sus oídos al clamoreo de la verdad y niegan sistemáticamente la evidencia y juzgan de lo que ignoran.

Carroña es la chulapería y matonismo ambientes en algunos periódicos procaces, deslenguados y perdonavidas, pues que se consideran indemnes por su influencia, por su dinero o por los barateros que cobijan. La carroña es la consecuencia a los ase-